

El arte de los jíbaros

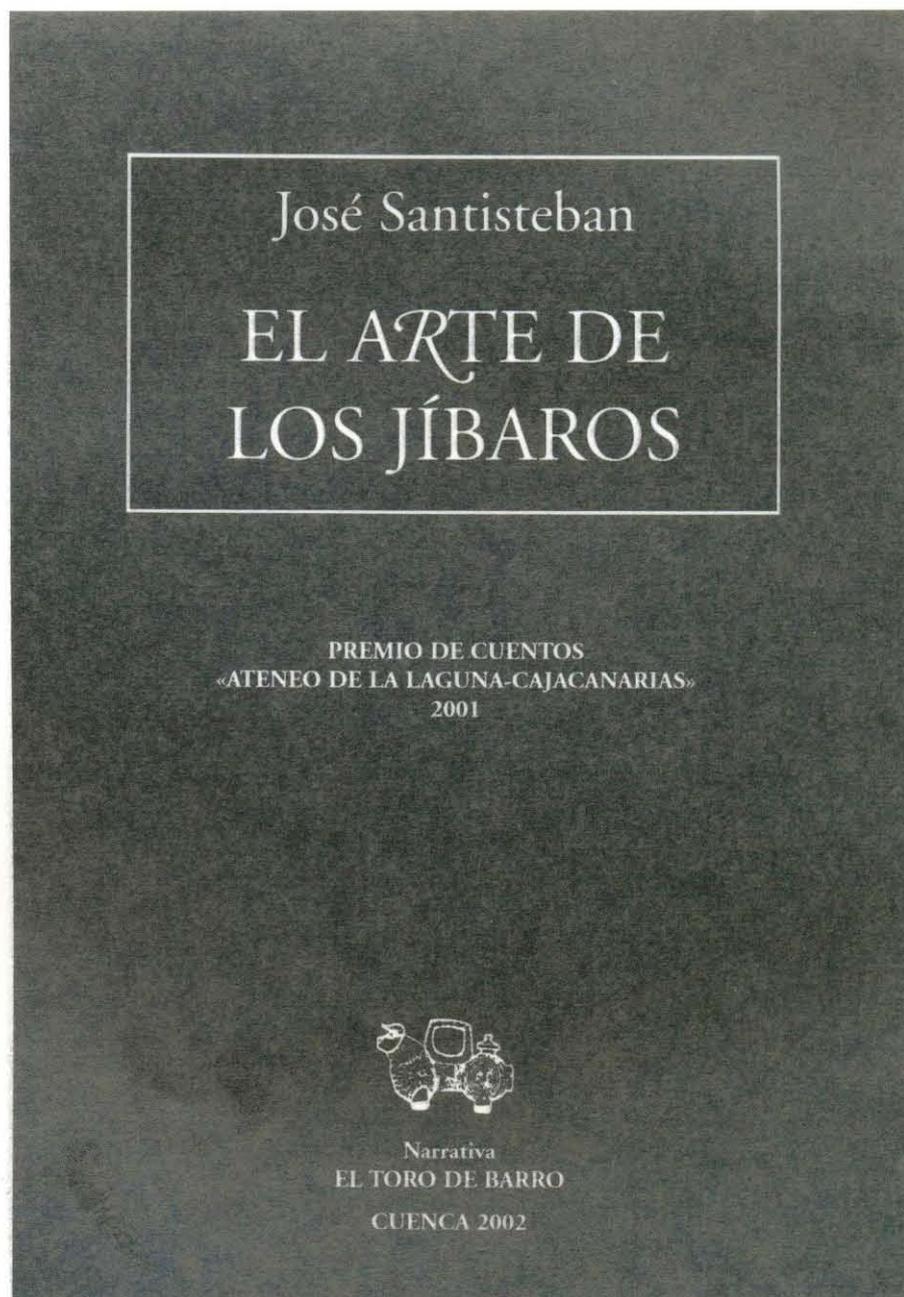
José Santisteban / Editorial El Toro de Barro. Cuenca, 2001

DOMINGO BÁEZ

Si te gusta leer, lector, sería una lástima que ante la avalancha de libros que nos rodea, ante el escaso tiempo que tienes para todo, se te escapara el breve libro que lleva por título *El arte de los jíbaros*, que escribió José Santisteban, que fue el ganador del VII Premio de Cuentos del Ateneo de La Laguna –con el patrocinio siempre inestimable de CajaCanarias– el pasado año y que acaba de publicar la Editorial conquense de Cuenca *El Toro de Barro*.

Y digo que sería una lástima porque te perderías intensos y breves instantes de placer en la estrechez voluntaria de sus 29 relatos, que podrían ser 30 si entre ellos contáramos la “Breve contribución a la historia de la tinta simpática”.

Lo cierto es que José Santisteban, del que apenas sabemos nada porque en su currículo sólo nos deja entrever que durante muchos años fue colaborador de la revista *La Codorniz*, bajo el seudónimo de JOS –lo que indica que no es un pibito– y que después de muchos años de travesía literaria del desierto, probablemente porque la vida lo llevó por otros derroteros y porque el placer de escribir



no siempre es compatible con el oficio de lo mismo, se entrega sólo desde hace cuatro años —eso dice la contraportada del libro—, con dedicación absoluta, a la escritura.

Lo cierto es que en *El arte de los jíbaros* de José Santisteban, un librito espléndido, se perciben con nitidez dos cosas, el placer de escribir y las muchas horas —han debido ser muchas— dedicadas a condensar, a jibarizar, las historias que iba creando.

Puedes lector, si quieres, mientras lo vas leyendo, pensar en Monterroso. Puedes pensar, y metamorfosearte, en Kafka. Puedes pensar también, si quieres, en Cervantes, un escritor que después de algunas veleidades literarias juveniles, de muchos combates, de su cautiverio en Argel, de fracasar con *La Galatea*, de dedicarse a recorrer Andalucía y La Mancha recaudando impuestos, empezó a escribir siendo ya un viejo y publicó *El Quijote* con 57 años de los de entonces. Y si te parecen extremas, y osadas, estas comparaciones, puedes pensar en que cuando alguien le ha pasado página a la vida cotidiana —no lo conozco tanto personalmente pero siento que esa es la tesitura de José Santisteban— empieza a contar el tiempo de otra manera, y a escribir libremente, con el peso de los años y de las muchas lecturas, para evitarle al lector —seguro que él no se los ha evitado a sí mismo— los largos procesos narrativos, las descripciones prolijas, la tradición realista de escribir para contar antes de que el cine fuera imaginable.

Yo tengo la ligera, pero segura, sensación de que además de el placer de juntar palabras —la escritura de José Santisteban es muy cuidada— él ha ido buscando, al menos en este libro, la manera de contar historias reduciéndolas a lo esencial. Y a ese ejercicio se entrega con fruición en los 29 cuentos, que bien podrían ser 30 si entre ellos contáramos la “Breve contribución a la historia de la tinta simpática”.

El proceso creativo, la idea que lo preside y le da título a la obra, *El arte de los jíbaros*, es aparentemente sencillo, aunque no haya conexión, o al menos yo no la vea, entre las historias, aunque las técnicas narrativas sean de lo más variado. Cada cuento, cada relato es más corto que el anterior. El primero “La víctima” tiene 9 páginas, el segundo, “El círculo de Van Gogh”, 8, el tercero, “Shooting”, 7, el cuarto “Tango Tren”, 6, el quinto, “La historia interrumpida (Cuento interactivo)”, 5, el sexto, “Un cierto método”, extrañamente, y para no confirmar la regla de lo que venimos diciendo, 6, el séptimo, “Kafka en el supermercado”, 5, el octavo, “El albergue”, 4, desde el noveno, hasta el decimotercero (“Nigromancia”, “Delirium tremens”, “El proveedor”, “Voyeur”, “Lotería”) todos tienen 2 páginas y desde el 14 hasta el 30 (“Partida”, “Lluvia de estrellas”, “Matrimonio”, “Una pareja sentada en la cocina”, “Predicción”, “Póquer”, “El lanzador de cuchillos”, “Televisión”, “Vampiro”, “Descenso”, “Un recuerdo de la infancia”, “El suicida”, “Escándalo”, “Ruleta rusa”, “La última carta”, “Drama”, “Epílogo. Un homenaje inevitable”. “Epílogo bis. Breve contribución a la historia de la tinta simpática”) una sola página aunque sean cada vez más breves, más delgados, más puros.

Esa es la unidad esencial del libro. Posiblemente haya otras. Muchas muertes trágicas y absurdas, que nada tienen que ver con su vocación inicial, y humorística, de *La Codorniz*, un poso de amarga ironía, de escepticismo, de fatalidad; pero ahí los críticos, o los que tenemos que ejercer de eso en contadas ocasiones, aunque no nos guste, solemos decir muchas tonterías que el escritor acepta con sonrisa de incredulidad mientras sean elogios.

Lo demás —y eso lo digo porque he leído tres veces el librito— es casi siempre puro placer.

Sostengo también, y permítanme esta ‘boutade’ final, que *El arte de los jíbaros* es un libro excelente para leer en el baño. Sus más largas historias duran como mucho lo que se tarda en poner un huevo, y sale uno de él, del baño, y del libro, reconfortado, más nuevo y más puro.

Lean pues *El arte de los jíbaros*, de José Santisteban y verán como en la cortedad de su decir que decía Valente, me parece, no sólo hay claves poéticas, también narrativas, también narrativas muy interesantes, muy novedosas, muy placenteras.